

LAS LÁGRIMAS QUE DIOS SÍ VIO

Un frasco de lágrimas

Texto central: Salmo 56:8

Mis andanzas tú has contado; pon mis lágrimas ante ti ¿Acaso no están escritas en tu libro?

Propósito: Llevar a la congregación a reconocer delante de Dios el dolor que muchas veces ha llorado en silencio, comprender que ninguna lágrima pasó inadvertida para Él y encontrar en su presencia consuelo, esperanza y una razón para volver a adorar.

Movimiento narrativo:

LLOREÉ → ESCONDÍ → PREGUNTÉ → FUI VISTO → FUI CONSOLADO → ADORÉ

Elemento visual: Cada persona trae un frasco con agua salada, símbolo de sus lágrimas y de las peticiones presentadas a Dios a lo largo de su vida. El pastor sostiene su propio frasco; su significado se revela a lo largo del mensaje.

INTRODUCCIÓN — EL FRASCO QUE NADIE CONOCÍA

Mira por un momento el frasco que has traído. Dentro hay agua salada, símbolo de tus lágrimas: las que otros vieron y las que nadie vio. Las de aquella noche cuando todos dormían; las que derramaste sin encontrar palabras para explicar tu dolor.

Las lágrimas que secaste antes de entrar al trabajo. Las que escondiste de tus hijos. Las que cayeron después de una llamada, una despedida o una noticia que cambió tu vida.

Tal vez lloraste en un hospital, por alguien que partió, por una traición, por tu matrimonio o por un hijo. Tal vez llevas años presentando delante de Dios una petición que todavía no tiene respuesta.

Hoy no necesitas imaginar ese frasco: lo tienes en tus manos. El agua no contiene literalmente tus lágrimas ni tus oraciones; las representa. Pero Dios conoce la historia que hay detrás de cada una.

[Pedir a todos que miren su frasco. Levantar el frasco propio.]

Si este frasco pudiera contar tu historia, ¿cuántas noches, nombres y peticiones recordaría?

Quizás dirías: “Pastor, necesitaría un frasco mucho más grande”. Porque hay dolores que acumulamos en silencio. Aprendemos a sonreír mientras el corazón sigue llorando.

Con los años aprendemos a decir: “Estoy bien”. Trabajamos, servimos, adoramos, y casi nadie imagina lo que ocurre dentro de nosotros.

A veces ni nuestra familia conoce las noches que pasamos llorando.

Tal vez nunca explicaste a nadie aquellas lágrimas. Hoy ese frasco es una señal visible de una historia que Dios ya conoce.

Y surge una pregunta: “¿Alguien vio todo esto? ¿Alguien comprendió cuánto me dolió?” David conoció ese temor. El título del Salmo 56 sitúa su clamor cuando los filisteos lo prendieron en Gat. Había huido de Saúl y ahora se encontraba en territorio enemigo, vulnerable y asustado (1 Samuel 21:10-15). No escribía desde la comodidad, sino desde la angustia de alguien que no sabía qué le esperaba.

En medio de esa experiencia David declara en Salmo 56:8: “Mis andanzas tú has contado; pon mis lágrimas ante ti. ¿Acaso no están escritas en tu libro?”. Y en el versículo 9 afirma: “Esto sé, que Dios está por mí”.

¡Qué confesión! David tenía miedo, pero decidió confiar. No negó sus lágrimas; las puso delante del Dios que conocía cada paso de su huida.

Ese es el mensaje de hoy: lo que otros no vieron, Dios sí lo vio. Y cuando salgamos de este lugar, quiero que lo recordemos cada vez que miremos nuestro frasco.

1. LLORÉ — “HUBO ALGO QUE ME DOLIÓ”

Y para entender lo que representa este frasco, tenemos que empezar con algo que todos conocemos..El MOMENTO EN QUE LLORAMOS..

Antes de que una lágrima entre en el frasco, algo ocurrió. Nadie llora sin una razón. A veces sabemos exactamente cuándo comenzó.

Una llamada. Una noticia. Una pérdida. Una traición. Una enfermedad. Un fracaso. Una despedida. Una oración que no recibió la respuesta que esperábamos. Y otras veces ni siquiera podemos señalar un momento específico.

A veces el dolor llega con una noticia; otras veces se acumula en silencio. Pero llorar no significa que hemos perdido la fe.

David lloró. Ana lloró. Y **Jesús lloró. Juan 11:35** nos recuerda que aun sabiendo que resucitaría a Lázaro, Jesús compartió el dolor de quienes lo amaban.

Eso significa que llorar no siempre significa que dejamos de creer. A veces lloramos precisamente porque amamos. Porque perdimos. Porque esperamos. Porque somos humanos.

Tal vez alguien te dijo: “No llores.” “Sé fuerte.” “Ya pasó.” “Supéralo.” Pero hay dolores que necesitan lágrimas. Porque hay cosas que la boca todavía no sabe explicar... y entonces los ojos hablan.

[Dirigirse al frasco.]

Quizás la primera lágrima de tu frasco cayó hace mucho tiempo. Pero Dios recuerda exactamente cuándo cayó.

Y esto nos deja una verdad que debemos recordar...

“Mis lágrimas no significan que perdí la fe; significan que algo me dolió.”

2. ESCONDÍ — “APRENDÍ A LLORAR SIN QUE NADIE LO NOTARA”

Pero después de aquel dolor, muchas veces ocurrió algo más: comenzamos a esconderlo.,, Con el tiempo **aprendemos a esconder el llanto**. Hay que levantarse, trabajar, atender a la familia y seguir adelante.

Y aun cuando estamos quebrantados, a veces seguimos sirviendo y sonriendo como si nada hubiera ocurrido. Hay que seguir funcionando.

Entonces aprendemos a llorar de maneras que nadie nota. Ana conoció algo de esto. **1 Samuel 1:15** nos presenta a una mujer profundamente afligida. Año tras año cargaba el dolor de no poder tener hijos. Y llegó un momento en que entró al templo y comenzó a orar.

La Biblia dice que hablaba en su corazón. Sus labios se movían... pero su voz no se escuchaba. El sacerdote Elí la vio. Pero no entendió su dolor. Pensó que estaba ebria. Qué escena. Alguien vio su comportamiento, pero no comprendió su quebranto.

La gente ve nuestro rostro, pero no siempre entiende el corazón. Puede juzgar nuestro silencio sin conocer nuestra historia.

Quizás alguien te juzgó cuando más necesitabas comprensión.

Ana finalmente respondió: “No, señor mío. Yo soy una mujer atribulada de espíritu...” Hay dolores que llevamos tanto tiempo escondiendo que casi olvidamos cómo hablar de ellos. Y entonces hacemos lo que aprendimos: los guardamos.

[Señalar el frasco.]

Una lágrima más. Y otra. Y otra.

Por eso hoy podemos Entender con toda seguridad...

“Aprendí a esconder mis lágrimas de la gente, pero nunca pude esconderlas de Dios.”

3. PREGUNTÉ — “DIOS, ¿DÓNDE ESTABAS?”

Y cuando llevamos demasiado tiempo guardando ese dolor, llegan preguntas que no siempre nos atrevemos a decir.

Cuando el frasco comienza a llenarse aparece una pregunta difícil. “Señor... ¿dónde estás?” Porque podemos soportar el dolor por un tiempo.

Y cuando el dolor permanece, preguntamos: “¿Por qué, Señor? ¿Hasta cuándo? ¿Por qué esa oración no ha recibido respuesta?”.

La Biblia no esconde esas preguntas. Salmo 13:1 comienza: “**¿Hasta cuándo, oh SEÑOR? ¿Me olvidarás para siempre? ¿Hasta cuándo esconderás de mí tu rostro?**” Eso está en la Biblia.

Un hombre de fe preguntándole a Dios: “¿Hasta cuándo?” Porque la fe verdadera no significa que nunca tengamos preguntas. Significa que sabemos a quién llevarlas. Hay una diferencia entre alejarnos de Dios con nuestras preguntas y correr hacia Dios con ellas. Quizás tú también preguntaste.

Y quizás lo más doloroso fue que no recibiste inmediatamente una respuesta. Seguiste orando. Seguiste esperando. Y el frasco siguió recibiendo lágrimas. Pero escucha algo importante: El silencio de Dios nunca significó que Dios no estaba mirando. Tal vez no recibiste la explicación que querías. Pero eso no significa que estuviste solo.

¿Qué significa esto para nosotros? Significa que...

“No entender lo que Dios estaba haciendo no significaba que Dios no supiera lo que yo estaba viviendo.”

4. FUI VISTO — “DIOS CONTÓ LO QUE NADIE MÁS CONTÓ”

Y aquí quiero que volvamos a las palabras de David, porque en ellas encontramos algo que puede cambiar la manera de mirar nuestro frasco.

“Mis Andanzas TÚ Has Contado; Pon Mis Lágrimas En Tu Recipiente (**Odre**).” ¿Acaso No Están Escritas En Tu Libro (**safar**)?” **Salmo 56:8**

Qué era un odre: Era una bolsa o recipiente hecho de piel de cabra o de oveja que se utilizaba para transportar y conservar líquidos vitales como agua, vino o aceite.

Por qué era valioso: En el desierto, el agua o el contenido del odre era sumamentepreciado porque de ello dependía la vida; se cuidaba con celo y no se derramaba ni desperdiciaba

Expresa que Dios no ignora ni considera sin valor el sufrimiento humano. Así como un viajero guarda con cuidado el líquido en un odre de cuero o como los pastores guardaban cuentas en un saquito, Dios valora, recuerda y atesora cada lágrima, dolor y angustia de quien pasa por una prueba.

Volvamos a David (Salmo 56:8a-b).

Mis Andanzas TÚ Has Contado(**safar**); ¿Acaso No Están Escritas En Tu Libro (**séfer**)?”

Cuando dice “**mis andanzas tú has contado**”, está hablando al Dios que conoce sus desplazamientos y sus huidas. El verbo hebreo relacionado con contar, **safar**, transmite la idea de registrar o enumerar. David no era un fugitivo olvidado: Dios sabía por dónde había pasado.

Y añade: “¿**No están ellas en tu libro?**”. El **séfer**, el libro, completa la imagen: Dios conoce y recuerda. No significa que podamos ver un inventario literal en el cielo; es lenguaje poético que proclama la atención personal del Señor. Él vio las noches, las pérdidas, las oraciones y también el dolor que no pudiste expresar.

Safar (contar): registrar, enumerar. David no era un fugitivo olvidado: Dios sabía por dónde había pasado.

Séfer (libro): “¿No están ellas en tu libro?” Lenguaje poético que proclama la atención personal del Señor: Dios conoce y recuerda.

[Tomar nuevamente el frasco.]

[Levantar el frasco.] Si este recipiente que es tu **Odre** representa tus lágrimas acumuladas, escucha bien: tu Padre celestial conoce la historia de cada una de ellas. Ninguna fue insignificante.

David no terminó su oración derrotado. En **Salmo 56:9** dijo: “Esto sé, que Dios está por mí”. El hombre que temblaba ante sus enemigos encontró una certeza mayor que su miedo: la fidelidad de Dios.

Tal vez otros minimizaron lo que viviste. Dios no. Tal vez nadie contó tus noches. Dios sí conoce tu quebranto.

Y aquí está la gran verdad que David nos enseña...

“Lo que nadie vio, Dios lo vio; lo que nadie contó, Dios lo conoce”.

5. FUI CONSOLADO — “JESÚS ENTRÓ EN MI DOLOR”

Pero la historia no termina en que Dios conoce nuestras lágrimas. Hay algo todavía más cercano y personal. Pero hay algo todavía más hermoso, pausa.

Pero hay algo todavía más hermoso. Dios no solamente mira nuestras lágrimas desde el cielo. Dios entró en nuestro dolor. Y aquí dejamos de mirar solamente nuestro frasco... y comenzamos a mirar a Jesús.

Isaías 53:3 lo describe como: “varón de dolores y experimentado en el sufrimiento.” Jesús conoció el rechazo. Conoció la traición. Conoció el abandono. Conoció la angustia. En Getsemaní dijo: “Mi alma está muy triste, hasta la muerte.” Jesús no te habla del sufrimiento desde la distancia.

Él sabe lo que significa llorar. Sabe lo que significa ser rechazado. Sabe lo que significa que alguien que comió contigo después te traicione.

Sabe lo que significa pedir: “Padre, si es posible...” Y después caminar hacia la cruz. Por eso, cuando tú lloras delante de Jesús, no estás hablando con alguien incapaz de comprender.

Hebreos nos recuerda que tenemos un Sumo Sacerdote que puede compadecerse de nuestras debilidades. Y quizás durante mucho tiempo pediste:

“Señor, explícame por qué pasó.” Pero tal vez antes de darte una explicación... Él quiere darte su presencia. Porque hay dolores para los que una explicación nunca sería suficiente.

Hay pérdidas que ninguna frase puede arreglar. Hay preguntas que quizás no tendrán respuesta de este lado de la eternidad.

Pero hay una presencia que puede sostenernos incluso cuando todavía no entendemos. 2a Corintios 1 presenta a Dios como: “Padre de misericordias y Dios de toda consolación.” No dice que Él es solamente el Dios de las respuestas. Es también: el Dios de toda consolación.

Ahora comprendemos algo todavía más hermoso...

“Dios no solamente vio mis lágrimas; se acercó a consolarme en medio de ellas.”

6. ADORÉ — “MIS LÁGRIMAS NO TENDRÁN LA ÚLTIMA PALABRA”

Y después de reconocer que él nos vio y se acercó a nosotros, quiero invitarte a mirar el frasco de otra manera, pausa.

Mira otra vez tu frasco. Al comienzo representaba el dolor y las peticiones que llevas años presentando. Ahora representa también una verdad: Dios estuvo allí. Y hay otra imagen bíblica que nos invita a mirar hacia adelante: las lágrimas pueden acompañar una siembra de esperanza.

Salmo 126:5-6 declara que quienes siembran con lágrimas cosecharán con alegría, y describe al sembrador que sale llorando con su semilla y regresa con sus gavillas. El **salmo celebra** la restauración del pueblo y convierte la siembra dolorosa en una imagen de esperanza. No afirma que toda petición se cumplirá como imaginamos; nos invita a perseverar confiando en Dios.

¡Piensa en esto! El agricultor no desprecia la semilla porque hoy la tierra parezca vacía. Sigue sembrando. Así también, tus oraciones entre lágrimas no son inútiles.

El **Salmo 30:5** anuncia alegría después del llanto, y **Apocalipsis 21:4** promete que Dios enjugará definitivamente toda lágrima.

Por eso adoramos aun cuando todavía existen preguntas. No porque todo se haya resuelto, sino porque Dios nos vio, nos acompaña y sostiene nuestra esperanza. Las lágrimas no tendrán la última palabra.

Por eso quiero que salgamos de este lugar con esta convicción...

“Mis lágrimas no son el final de mi historia: en las manos de Dios también pueden acompañar semillas de esperanza”.

LLAMADO — TRAE TU FRASCO

[Pedir que cada persona tome su frasco con ambas manos.]

Ahora quisiera que esto deje de ser solamente una reflexión y se convierta en un momento personal delante de Dios, pausa.

Hoy no te pedí imaginar un frasco: lo trajiste contigo. Esta agua salada representa las lágrimas derramadas por nombres, pérdidas, enfermedades, despedidas y peticiones que tal vez nadie más conoce.

No tienes que explicar a nadie lo que significa tu frasco. Dios ya conoce cada historia. Tal vez has llorado por un hijo, un matrimonio, una enfermedad, una traición o una oración que todavía esperas ver respondida.

[Invitar a mirar el frasco en silencio.]

Trae delante del Señor esas peticiones. No para exigirle una respuesta inmediata, sino para confiarle lo que has cargado. Dile: “Señor, tú viste cada lágrima. Recibe también la esperanza que hoy siembro delante de ti”.

MIRA A JESÚS

Y mientras sostienes ese frasco, quiero invitarte a dirigir tu mirada hacia Jesús.

[Aquí comenzar música suavemente.]

Mira a Jesús. Él también lloró; conoció el rechazo, la angustia y el abandono. Él no contempla tu sufrimiento desde lejos. Cuando mires tu frasco, recuerda que puedes acercarte a Cristo con confianza.

Tal vez no entiendas todavía por qué ocurrió aquello. Pero puedes decir con David: “Esto sé, que Dios está por mí”. Y puedes seguir sembrando con esperanza, aun en medio de las lágrimas.

ORACIÓN DE RENDICIÓN

Ahora, con ese frasco delante de ti, vamos a hablar con el Señor.

Señor Y Padre:

Señor Jesús, aquí están nuestros frascos, símbolos de las lágrimas y de las peticiones que hemos presentado durante tantos años. Tú conoces los nombres, las pérdidas, las noches y las preguntas. Nada de nuestro dolor ha escapado a tu mirada.

No venimos a fingir que nunca lloramos. Venimos a reconocer que, aun cuando llorábamos, tú estabas allí.

Consuela al que sufre, fortalece al cansado y sostén al que espera. Enséñanos a sembrar con fe aun cuando nuestras manos estén mojadas de lágrimas. Danos confianza en tu voluntad y en tu tiempo.

Que cada frasco nos recuerde tu cuidado, no una garantía de respuestas inmediatas. Donde haya dolor, danos tu presencia; donde haya preguntas, danos confianza; donde haya lágrimas, renueva nuestra esperanza.

Gracias porque nos escuchaste. Gracias porque permaneciste. Gracias porque todavía estás aquí. En el nombre Santo de Jesucristo oramos. Amén.

TRANSICIÓN A LA ADORACIÓN

Y después de haber presentado nuestras lágrimas delante de él, quiero invitarte a responder con adoración.

[Aquí detener la predicación. No añadir otra conclusión.]

Iglesia, mira por última vez el frasco que tienes en tus manos. Llegaste con el recuerdo de tu dolor y de tus peticiones. Pero hoy puedes salir con una convicción: Dios vio tus lágrimas, conoce cada una y escucha tu clamor. El frasco no es un amuleto; es un recordatorio de su fidelidad.

Tal vez todavía lloras. No tengas vergüenza. En medio del llanto puedes seguir sembrando esperanza. Levanta tus manos si puedes y dile: “Señor, gracias porque me viste; gracias porque no me abandonaste”.

Después de llorar, esconder, preguntar, ser vistos y recibir el consuelo de Cristo, nos queda adorar. Salgamos recordando: cada lágrima cuenta delante de Dios. Ahora, adoremos al Señor.

Iglesia, quizás llegaste aquí pensando que nadie sabía cuánto habías llorado. Pero hoy has descubierto algo: Jesús estuvo allí. Cuando nadie escuchó tu llanto, Él lo escuchó. Cuando nadie comprendió tu dolor, Él lo conoció. Y aunque todavía tengas preguntas, hoy puedes descansar en sus brazos. No necesitas esconder tus lágrimas delante de Aquel que nunca dejó de amarte. Adoremos:

Canto de Ministración: **Tu Estas Aquí:**

<https://youtu.be/k5VVck9ihUs?list=RDk5VVck9ihUs>

Predicado Por Carlos Ospinal en Octubre 18 del 2026